

www.elboomeran.com/

Marie-Hélène Lafon

Los países

Traducción de Lluís Maria Todó

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *Les Pays*

© Libella, Paris, 2012

© de la traducción: 2018 Lluís Maria Todó

Revisión: Marta Hernández Pibernat

© 2018 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Av. República Argentina, 163

08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: septiembre de 2018

Diseño gráfico: Pepe Far

Fotografía de la cubierta: © iStock.com/101cats

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de ayuda a la publicación del Institut français.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-948348-5-1

Depósito legal: B-21.935-2018

Printed in Spain

Los países

Para Anne

«En realidad no poseemos nada; todo nos atraviesa.»

Eugène Delacroix, *Diario*

1.

Estarían fuera cuatro días. Se alojarían en Gentilly, en las afueras de París, no se sabía en qué parte, pero en las afueras, en casa de una especie de amigos que tenían los padres. Era a principios de marzo, cuando la luz muerde en los dos extremos del día, es algo que se ve, que se siente, pero todavía no se puede estar del todo seguro del tiempo, tener la certeza de que uno se ha librado de las grandes nevadas, macizas, brutales, esas que no te dejan hacer nada, y te bloquean ya con los billetes, las bolsas y los paquetes preparados el día antes, en fila india, formando una hilera impecable en el pasillo; te bloquean justo el día en que hay que ponerse en marcha, escapar de ese agujero en el fin del mundo que es la granja. Por la granja no se pasa, la granja no se atraviesa, a la granja se va, por un camino tortuoso y empinado, cubierto de una corteza de hielo entre noviembre y febrero, eso cuando no está acolchado de nieve grasa o festoneado de lábiles montones de hielo; te hundes, el camino es como una tripa, entre los avellanos redondos y los fresnos y otros árboles cuyos nombres nadie dice, porque no hay ocasión de nombrar las cosas, y para quién, por qué, quién

querría saberlo. Tomarían el tren en Neussargues, un tren directo, sin trasbordos hasta París. El trasbordo habría resultado difícil, incluso insensato, o peligroso; los tres solos no habrían estado seguros de saber adónde ir en la estación de Clermont, que no conocían, donde habrían tenido que bajar a un túnel subterráneo, subir y bajar escaleras, localizar el andén, arrastrando equipajes, sin olvidar nada, sin perder nada, sobre todo la gran bolsa azul del padre, donde iban los regalos para los amigos, quesos de dos clases, cantal y saint-nectaire, y embutido casero, morcilla, terrina, asado, salchichas, como para alimentar a cinco personas durante cuatro días o más. El padre habría preferido viajar en coche; hasta Clermont es fácil, se lo sabe, lo ha hecho varias veces, después es cuestión de lanzarse, seguir las señales, París siempre está indicado. El padre había insistido por teléfono, en enero, cuando se felicitaron el Año Nuevo y el viaje quedó fijado en firme. Esta vez iba en serio, no se echarían atrás, con el tiempo que hacía que se hablaba de ello, de ir a pasar unos días a París, coincidiendo con el Salón, seguro que se podría arreglar lo de los animales que dejaban en la granja y marcharse más o menos tranquilos con los chicos, los dos menores, la niña y el niño, Claire y Gilles, que no habían visto nunca la Torre Eiffel. No se oía lo que estaban hablando por teléfono los amigos de Gentilly, primero la mujer, Suzanne, y luego Henri, el hombre, el auténtico parisino, que había nacido en la capital y hablaba con un acento picudo. Solo se oían las palabras del padre, pero se comprendía que Suzanne había llamado a Henri por lo del

coche, para que le explicara al padre, que no se imaginaba, que no podía imaginarse lo que es llegar a París en coche cuando no se está acostumbrado, señales en todos los sentidos, y los camiones, las motos que se te cuelan por todas partes, hay que conocerlo, la primera vez hay que ir siguiendo a alguien, e incluso así es difícil. El padre meneaba la cabeza, se consideraba capaz, tenía ganas de probarlo, con un buen coche, de esos que giran como un molinete, de esos que hacen ahora, con eso se va a todas partes. Se retorció la nariz y se mordió la boca por dentro como hacía siempre cuando estaba contrariado, y dijo y repitió y machacó que cuando iba a algún partido de *rugby*, a Castres, a Cahors, a Brive e incluso más lejos, a Toulouse, siempre había sabido llegar, encontrar un buen hueco, siempre decía lo del buen hueco, incluso se lo conocía por eso, los amigos que iban con él lo dejaban hacer a él y cada vez, a base de meterse por todos los rincones, acababa aparcando cerca de los estadios, a dos pasos. Henri aguantó firme, prometió enseñárselo en persona, llevarlo a dar una vuelta para que viera, para que comprobara que lo que quería hacer era imposible, que tendría que llevarlo todo apuntado en un papel, orientarse con los anuncios o las señales de tráfico, con los edificios, las casas, como en la entrada de Clermont; no tendría ni un segundo para vacilar, tendría que avanzar, colocarse en el carril correcto desde el primer momento. Los parisinos no cedieron. Aquella primera vez irían en tren. Llegarían a la estación de Lyon, a eso de las siete, tranquilamente, descansados. Henri iría a recogerlos

al andén, a los tres con sus paquetes, y luego irían hacia Gentilly.

En París lloviznaba negro en las calles brillantes y repletas de gente. En la estación no habían notado nada, si hacía frío o calor, menos frío que en Neussargues, eso seguro. Oyeron frases, besaron las mejillas blancas y bien afeitadas de Henri, que era alto y tenía las piernas largas. Y llamaba Jeannot al padre en el andén de la estación de Lyon. Como en verano. Le preguntaba qué tal el tren, Jeannot, veo que has aguantado, mira cuánta gente, se nota que estamos en vacaciones, y también por el Salón, aquí la gente desembarca con las maletas a reventar. Henri conducía moviendo las manos, explicaba, el Sena, solo al salir de la estación, el Sena, hombre, nada que ver con el Santoire, digan lo que digan, pero si hablamos de truchas, eso ya es otro cantar. Se reía. Henri hablaba con facilidad y deprisa, decía *Parigot tête de veau, Parisien tête de chien*¹ mientras comía salchichón con los codos apoyados en la mesa en agosto durante las vacaciones. Los veían en Semana Santa y en agosto; venían dos o tres veces cada temporada, con la hermana mayor de Suzanne, Thérèse, y su marido, que tenían una gran finca más arriba siguiendo el valle, al pie del Puy Mary. Thérèse y su marido se habían quedado con la granja, que había sido de los padres y los abuelos de ella, y

1. Literalmente, «parisino, cara de ternero, parisino, cara de perro», expresión popular para burlarse de los parisinos. (*N. del T.*)

Suzanne se había ido a París, se decía había subido a París, trabajaba en Correos, pero no en lo de las cartas, sino con los cheques postales, se sabía que se ocupaba de eso, de los cheques postales, en unas oficinas muy grandes detrás de la estación de Montparnasse. No conocían a Suzanne y Henri en su invierno en la capital, ni siquiera los imaginaban. Venían sobre todo en verano; el domingo de la fiesta de la patrona, el primer domingo después del 15 de agosto, comían juntos en la gran sala con baldosas marrones, la madre se atareaba en los fogones, la comida era abundante, los hombres se llenaban la tripa para mil años, las mujeres no se quedaban atrás. Reían, todos reían en la gran cocina amarilla. Suzanne, su hermana, los dos maridos, los hijos, que eran casi muchachos, todos tenían ese don de familia de estar alegres en compañía, estaban contentos, les gustaba reír con ese aflojar el cuerpo, con esa mansedumbre en el alma que para ellos acompañaban los grandes banquetes. Al caer la tarde, todos excepto el padre, Suzanne y Henri, salían para estirar las piernas y sentarse en el banco de piedra gris a la sombra del tilo, con la espalda pegada a la pared del jardín, para tomar la justa medida, como quien no quiere la cosa, del verano que llameaba, golpeaba directo sobre todas las cosas temblorosas, mordidas de sol, enloquecidas, las ovejas de Raymond, las únicas de la región, ahí enfrente, en el prado pelado justo debajo del camino, las ocho casas de Soulages pegadas a la ladera en la otra orilla del Santoire, el haya del prado cuadrado, estremecido en el gran incendio, las vacas que se desgranaban a lo largo del

río, el asno apostado muy tieso junto a la puerta, los dos tractores, con cabina y sin cabina, rojos y pacientes, aparcados bajo los fresnos jóvenes en la cuesta de la granja, y las gallinas enterradas en el polvo bajo el arce. No dirían nada más; o poca cosa; esperarían a que pasara un trozo de tiempo antes de volver cada uno a su vida y al remolino de las tareas que siempre vuelven a empezar. Se sabía que, en la cocina, el padre y Suzanne se habrían lanzado bajo la mirada impasible de Henri a una de esas justas verbales que los unían en parecidas circunstancias alrededor del sempiterno y candente tema del futuro de la agricultura. El padre profetizaba su inevitable agonía, Suzanne preconizaba la adaptación, la innovación, la invención; ella soplabá al aire cálido el humo de sus *gauloises* sin filtro mientras que él se entretenía liando unos cigarrillos de picadura que llamaba pipas; Henri contaba los puntos, siempre deslumbrado por su Suzanne, valerosa y tenaz, inaccesible a las convicciones abruptas del padre, con su predilección infalible por lo peor. Aunque llevaban casados nueve años, Suzanne y Henri seguían siéndolo todo el uno para el otro, estaban como suspendidos en el azul de los inicios; todo eran finezas sin fin, atenciones ínfimas y repetidas, interminables cariño mío y reina mía, manos ligeras posadas sobre la nuca, un brazo, una rodilla; era una aureola de cariño compartido que los coronaba sin ñoñería y los demás tenían que arreglárselas, a su alrededor, entre la fascinación, la irritación y la envidia. El padre estaba frente a ellos con el codo izquierdo clavado en la mesa medio recogida, la espalda

curvada, la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, y la punta del pie izquierdo, calzado con una alpargata flexible de lona gris, descansaba sobre el piso temblando sin cesar, ignorando el reposo de los comensales que saben cómo no pensar en nada y llenarse el cuerpo sin interesarse por cómo va el mundo. La preocupación del padre se alimentaba de todo, de las convulsiones de la vida agrícola común o de una tormenta que echaría a perder el heno cortado, de un cobertizo que habría que levantar o del parto de la Estrella, que se anunciaba difícil, a pesar de que aquella vaca joven ya iba por el tercer ternero; el ganado se volvía cada vez más frágil, en algunas épocas el veterinario de Allanche venía sus dos o tres veces a la semana, era un tipo tranquilo que habría resucitado a un muerto, pero que sabía contar los desplazamientos y las inyecciones, los sobres de granulados y las pociones mágicas, es normal, y al final todo abultaba cuando venía el momento de pagar la factura. El pie del padre marcaba el compás bajo la mesa. No se quejaba, tenía el oficio en la sangre desde niño, no habría querido hacer nada más, no lo habían empujado ni atizado. El tema ni siquiera se había planteado, aunque la tía Jeanne, hermana de su padre, que entre las dos guerras se había sacado el título de maestra y había dado clases primero en los curas, eran monjas pero el padre decía curas, en Aurillac, y después en una familia de Saint-Germain-en-Laye antes de volver con su hermano, cuando estaba en los cincuenta, para morir de un cáncer de pulmón, y no se había casado, aunque esa tía Jeanne, pues, tuvo que pensarlo, cuando el

niño llegó a los siete años, pensarlo y decirlo, que habría que meterlo un poco en la escuela y darle algunos estudios, y si aprendía algo, muy bien, si se le daban bien los estudios. No se le dieron bien. Estaba pillado, había caído en el caldero, solo le interesaba la vaca y ese oficio que conocía como de nacimiento. Pero, y eso es lo que le gustaba contar a Suzanne, que lo escuchaba, se interesaba, discutía, las cosas habían tomado un giro inesperado, que no se le habría ocurrido a nadie en su entorno, o a nadie parecía habersele ocurrido, en su juventud, a finales de los años cincuenta, cuando se lanzó, abandonó la granja que su padre le alquilaba en el monte bajo para comprar la suya en el monte alto y dedicarse a la fabricación de queso, el saint-nectaire. La delgada saga del padre y la madre cabía ahí, en aquella lucha que habían tenido que librar, año tras año, para vivir y pagarlo todo, devolver los créditos e invertir en equipamiento moderno, un sistema de rejas y planos inclinados para recoger y evacuar el estiércol del establo, o un pozo negro, o un tractor nuevo. Había que seguir el ritmo, no quedarse nunca atrás; en el banco o en el Crédit Agricole, les decían que necesitaban una tasa de inversión que fuera proporcional, ellos no entendían exactamente a qué debía ser proporcional la tasa de inversión; tenía que ponerse de acuerdo en eso y en todo lo demás. Pero; y el padre, con las manos inmóviles y el busto erguido, explicaba lo que Suzanne ya sabía pero no se cansaba de oír y de rumiar; pero pronto se dieron cuenta, y cómo hacerlo, cómo detenerse, cuando uno está lanzado a fondo, muy deprisa, tenían

menos de treinta años, cayeron en la cuenta, pues, supieron que no podrían vivir como habían vivido sus padres y los padres de sus padres y tantos otros antes de ellos. El viento de las ciudades soplabá, el mundo alrededor era extenso y empezaba a existir, en la televisión, en los periódicos, pero también en los papeles del banco, y los reglamentos las normas las primas los cargos, aquello se acababa, eran los últimos. El padre fruncía los labios, que tenía delgados y secos. Suzanne insistía; el problema, o la cuestión, eran los niños, el futuro, la continuación, cómo criarlos, en qué idea, seguir con las granjas cargándose en las espaldas unas deudas colosales, la palabra, preñada de amenazas, se estremecía en el espesor del aire, o marcharse dejarlo alquilar o vender las tierras o plantarlas de árboles resinosos y, en el mejor de los casos, conservar las casas, que se convertirían en residencias secundarias. Empezaban las agrupaciones, dos o tres fincas en las que una familia había mantenido diez o doce cabezas de ganado se convertían en una sola que pronto resultaba ser insuficiente para vivir. Suzanne citaba ejemplos que el padre también conocía, los nombres de las personas, de las aldeas o de los caseríos flotaban por encima del café frío en el fondo de los tazones y del cenicero lleno. Henri se dejaba mecer, picoteaba una fina corteza de tarta superviviente de los ágapes, confitura de albaricoque sobre hojaldre casero, una perfección, un éxito, se fundía en la boca, verían cosas difíciles, no los habían preparado para eso; a Henri le apetecía bajar hasta el río para echar un vistazo, no fuera caso que las truchas ya

hubiesen salido, era un rincón conocido por todos los pescadores dignos de tal nombre, venía de lejos; habría tenido que despegarse del banco al que estaba clavado con el hombro de Suzanne apoyado en el suyo, notaba su tibieza a través de la manga corta del polo beis, despegarse del banco y despegarse de la cocina, de la casa, lanzarse al horno del patio y del camino, con la cabeza descubierta. Ellos lanzarían aspavientos, todos, como hacían cada vez, ellos que jamás salían sin un sombrero, una gorra, un pañuelo, cualquier cosa siempre que llevaran la cabeza cubierta, el cráneo a la sombra, la cocorota protegida; que si estaba loco, que si iba a provocarse la muerte, o al menos una insolación de pronóstico, sobre todo él que era tan blanco, como buen parisino de fábrica y metro y después de haber comido y bebido como lo había hecho. Porque Henri en la mesa se defendía muy bien, daba gusto verlo, agarraba el tenedor con fuerza, tenía un estómago que lo aceptaba todo, se mofaban de él, le preguntaban si acumulaba reservas para el invierno, que dónde metía todo eso, le pronosticaban a los cuarenta una tripa descomunal, él se reía con su dentadura perfecta y exhibía una figura fluida aunque robusta, su vena de modelo, decía él, marca de fábrica, privilegio de familia, y a mí no me vengáis con deportes, yo no he tocado jamás un balón, ni redondo ni ovalado, y mucho menos una bicicleta, una caña de pescar, algo de bricolaje, seguía riendo, hay que tener manitas para todo, eso es lo que mantiene a un hombre en forma, a un hombre y a una mujer. No decía nada de la fábrica, de las tres por ocho que hacen

veinticuatro, era su fórmula, o de aquel hermano único y mayor que no había vuelto de la guerra de Argelia. Estaba tranquilo, suspendido del momento, enteramente entregado a su Suzanne. En el patio anegado de verano, surgían los dos entre los aullidos de los perros y permanecían de pie bajo la luz, moldeados en su ropa de veraneantes parisinos. Aquella ropa no era de ahí, no del todo, aunque ella, Suzanne, fuera natural de aquel valle, del valle del Santoire, originaria y salida por sí sola de aquella grieta hundida en el viejo país plisado alisado. Suzanne se marchó subió a París en Correos en el procesamiento de los cheques postales en Montparnasse, subió a París a los diecinueve años, y se casó por amor debidamente en París con su parisino, uno auténtico, un hombre guapo de caderas estrechas de boca risueña, uno de la fábrica Renault, uno del turno de noche, Suzanne, aunque instalada en París y destinada al procesamiento de cheques postales, y dotada de un marido parisino total, Suzanne, por el porte del cuerpo, la voz, el paso, las manos, pertenecía a aquel rincón de mundo desgastado, aquel valle del Santoire dejado lejos tras ella a lo largo de los inviernos grises de la ciudad apilados unos sobre los otros desde hace años, trece años ya, trece años que vivía el invierno de las ciudades, primero en París, en Gentilly luego donde habían comprado un apartamento, Suzanne y Henri, hacía tres años, casi cuatro, en el quinto piso del bloque B de una vivienda nueva con ascensor, recibidor, cocina, baño, comedor y dos dormitorios. Uno para ellos, uno para el niño que vendría cuando viniera, porque no venía, todavía

no, no se habían hecho análisis, el niño no venía, no intentaban saber, ni él ni ella, estaban de acuerdo, no intentarían entender. Todavía no. Erguidos, pálidos y jóvenes, sólidos, reían bajo el sol de agosto que salpicaba su ropa de parisinos, el patio, las gallinas multicolores, las conejeras atestadas, los montantes verdes y amarillos del columpio; no servía de gran cosa ahora que los tres niños de la granja eran ya casi mayores, lo bastante mayores para empezar a perder, a olvidar, el sabor enajenado del columpio lanzado al aire azul bajo el arce, con el cuerpo lanzado arrancado por la fuerza de las piernas y del busto tenso, medido el cuerpo en aquella caricia insolente del balancín. Caricia recomenzada. Que no habría debido terminar y que sin embargo terminaba porque aquellos niños, los niños de aquella granja, tres, dos chicas un chico, crecían, se escapaban, habían escapado de la infancia y de la edad en la que los columpios lanzan los cuerpos contra el aire azul bajo el arce.

En Gentilly, al salir del ascensor, en el quinto piso derecha, la puerta marrón se había abierto sin que nadie llamara ni Henri sacara la llave. Suzanne estaba allí, abrazaba a los niños, los dos, la niña y el niño, Claire y Gilles, mudos, y el padre que ofrecía la bolsa de los regalos; ella explicaba que había visto el coche entrando en el aparcamiento, y señalaba detrás de ella, a la izquierda, la ventana de la cocina que quedaba justo encima de la rampa de acceso al aparcamiento subterráneo. Suzanne abrazaba, rubia en su vestido de invierno verde de punto, elástico sobre su

cuerpo de ciudad. Suzanne tomó la bolsa verde que llevaba el padre; el saint-nectaire de la granja, liberado de su espesa coraza de papel de periódico, invadió con su aroma conquistador la cocina embaldosada, impecable cocina reformada de París, donde habrían podido comer fácilmente tres; tres, no más. Con el olor salvaje del saint-nectaire peludo y las páginas arrugadas de *La Montagne* había entrado en la cocina de París un aire del allí lejano, del otro país, que atravesó el cuerpo de Suzanne. La emoción se apoderó de ella, mientras exclamaba, agradecía, aseguraba que aquello era demasiado, demasiado, nunca podrían acabarse toda aquella comida, aquel montón de alimentos transportados, el cerdo, los quesos y el bote de mermelada además, aunque fueran cinco durante tres días, ellos no eran ogros, en París se comía menos, y habían cargado con todo aquello desde Neussargues en la bolsa de lona azul que devolvió, vacía, al padre, aconsejándole que la guardara enseguida con sus cosas en la habitación de invitados, para no olvidarse de ella. Rápidamente montó la habitación para los dos niños, Suzanne y Henri le dejarían la suya al padre y dormirían en el sofá del comedor. En el cuarto de invitados, las camas gemelas procedían de la casa de la madre de Henri, él las había desmontado, lijado y barnizado, pieza a pieza, y las volvió a montar para instalarlas allí, en aquella habitación de invitados, de niños. Mi marido tiene las manos de oro, lo decía Suzanne y se notaba todo el gusto que les tenía ella a aquellas manos diligentes, que se posaban sobre las cosas o sobre ella,

manos de hombre en su plena potencia, manos reconocidas de su hombre que abría para los dos niños y para Jeannot, el padre, el armario reluciente, vacío, tapizado con tela estampada de flores hasta los últimos rincones, el armario para las cosas de sus amigos y de la familia visitante, el armario de dar, Suzanne lo llamaba así, recuperando una expresión que venía de ahí, de la casona a orillas del Santoire en la que vivían Thérèse, la hermana mayor, su marido y sus hijos. Los dos niños colgaron sus anoraks en el armario, pensaron en Saint-Flour y en las taquillas metálicas para la ropa del pensionado donde el lunes se guardaban las cosas para la semana; ellos no se ocupaban de lo que pudieran decir el padre y sus amigos, veían por la ventana otros edificios pálidos y limpios, viviendas nuevas, los árboles de los parterres estaban desnudos transparentes, la gente andaba, la ciudad enorme no se acababa nunca, no había otro horizonte visible desde el quinto piso de Gentilly más que fragmentos de ciudad todos aplastados del mismo modo bajo el cielo invernal. Henri explicaba que allí estaban en la periferia más cercana, casi como en París, y Suzanne iba todos los días a París a trabajar, siempre en transporte público, primero el autobús, el 21, y después el metro en la plaza de Italia. Ellos habían escuchado sin comprender, no apreciaban la diferencia entre París y la *banlieue*, la periferia. En la puerta de Gentilly, viniendo de la estación, no habían visto ninguna puerta, nada de nada, al menos alguna especie de monumento, un mojón que marcara el límite, algo así como una cerca de

estacas y alambre de espino entre prados. Los dos hijos, la niña y el niño, aunque no dirían nada, no sabrían con certeza que estaban en París hasta que se hallaran bajo la torre Eiffel, justo debajo entre sus cuatro patas de elefante. No subirían, había demasiada gente haciendo cola no se sabía por cuánto tiempo, pero la verían, pasarían por debajo, se quedarían ahí un buen rato con el cuello estirado y la cabeza hacia atrás para observar las dos cabinas de los ascensores, el amarillo y el rojo, oirían a su alrededor idiomas que no entenderían, no solamente inglés y español.

El Salón de la Agricultura se celebraba en unos grandes pabellones, en la puerta de Versalles, en el Parque de Exposiciones. Henri explicó que no era un espacio reservado solo a la agricultura, allí también se organizaban otros salones durante todo el año sobre las artes domésticas, los barcos, los libros; se habían reído al imaginar los libros y las cafeteras eléctricas de último modelo en el mismo sitio que las vacas y los cerdos. A las nueve estaban en la entrada, para la apertura, con los *tickets* que el padre había comprado en Allanche, en el Crédit Agricole. Suzanne y Henri supieron adónde ir sin perderse para ver lo más interesante, el ganado, las vacas. En el pabellón el rumor era enorme, te subía desde todas partes, te caía por el cuerpo y ya no te abandonaba. Vieron en los paneles los nombres de las razas, el padre reconoció que en muchos casos ni siquiera sabía que existieran ni qué aspecto tenían. Repetía que era una locura venir al Salón de París para aprender cosas

sobre las vacas cuando llevaban toda la vida viviendo y trabajando con esos animales. Finalmente se callaron, se metieron las palabras en la garganta, Suzanne iba delante con el padre, Henri y los niños detrás, balanceando los brazos, con la boca seca, el cuerpo empapado de aquel calor espeso. Veían en los carteles el nombre del animal, su fecha de nacimiento y su peso, el nombre de su propietario y el lugar de procedencia. Unos hombres, a veces unas mujeres o unos niños habían acompañado a Valiente, Sultán, Encanto, Princesa o Pepita, y se mantenían a su lado ante unas empalizadas que disimulaban, era fácil de adivinar, el mono de trabajo más o menos rebozado de boñiga seca, los cepillos de lustrar, comida para el ganado y las personas, el aparato de radio y los zapatos limpios para salir cuando se fueran del Salón, por turnos para no dejar los animales solos, para ir a ver un poco París, divertirse entre hombres, o ir a comer a casa de los primos. El padre tenía ganas, se le notaba mucho, de hablar con los expositores para anunciarse, para decir que él también era del oficio vaquero. No se atrevía, pasaban, desfilaban, con los demás, los parisinos auténticos, que comentaban, se reían, tirando y empujando a los niños, moviéndose entre las bestias con valentía boba y prudencia excesiva. Más tarde, de vuelta a las casas de piedra y madera, en Doubs, en el Alto Vienne, en Ariège, incluso en el Cantal, recordarían a aquella mujer rubia con abrigo claro y ligero, con un niño de cuatro años que se metía por todas partes, se escapó y se escondió entre dos terneras; habían tenido que extraerlo, extirparlo, un teme-

rario el chiquillo, estaba acostumbrado a los póneys que montaba cada miércoles y cada sábado en el Bois de Boulogne, explicó la madre. Se veía, los dientes de aquella mujer eran como perlas y de cerca olieron su perfume, más fuerte que el olor del ganado; solo con una mujer como esa, uno no sabe dónde meterse; y cuando sonreía, sonrió varias veces, la tomabas por una actriz de cine, de las auténticas. En el Salón solo se sintieron un poco en casa con las salers, las reconocieron, por más lustrosas emperifolladas emperijiladas que fueran. Les gustó estar allí, se sintieron orgullosos de proceder de la misma tierra que aquellas vacas rizadas cuyo color de pelo y línea de los cuernos los parisinos se empeñaban en calificar. Rojo teja, caoba, fuego, en forma de lira, a lo Dalí, allí cabía todo. Rieron y comieron salchichón con uno de los dos campesinos, que vivía en el sur del departamento y tuvo negocios de forrajes con el padre y también con el cuñado y la hermana de Suzanne. Surgieron nombres de personas y de lugares, que todos ellos conocían y que de repente vistos desde el Salón parecían muy lejanos, muy perdidos, en la orilla del bosque o de la llanura, allí a lo lejos, adonde pronto regresarían, donde estarían al día siguiente por la noche, de vuelta, con un regalo para la madre y la hermana mayor, pero no sabían qué, todavía no habían elegido nada, eso estaba por hacer, por la mañana, antes de coger el tren, con Suzanne que estaba en todo. Les costó separarse de las vacas, y lástima de los demás animales expuestos que no verían, unas cerdas descomunales, gallinas exóticas, conejos peludos que de todos modos eran menos

interesantes. Comieron en largas mesas de madera, salchicha y aligot servidos por uno de Aveyron muy prolijo; no supieron decir exactamente si les había gustado o no. Era caro, y el café también, sobre todo el café. Henri se burló de los del Cantal que llevan una araña guardada en el monedero. También lo decía en verano, cuando venía a la granja, y hacía reír a todo el mundo, incluso al padre, que no bromeaba con las cosas del dinero. Para terminar, pasaron un ratito en el pabellón de las máquinas, habría que cambiar el viejo tractor Zetor sin cabina antes del verano. Se habían quedado pasmados ante aquella procesión de mastodontes soñolientos, se sintieron ínfimos, el padre bajó el pabellón diciendo que encontrarían algo mejor en el concesionario de Murat o de Aurillac. En Gentilly, mientras Suzanne lo revolvía todo en la cocina, el padre, la hija, el chico se sentaron en el comedor y hojearon con Henri prospectos de vendedores de tractores, comentando distraídamente precios y características, recuperando fuerzas, unos en el sofá, otros en las sillas rígidas. Suzanne estaba atareada, voluble, los riñó, a los tres, en la ciudad también te cansabas mucho, había que ser fuerte para resistir. Al día siguiente, en el tren de regreso, zarandeados, sumergidos en pensamientos vagos, reflexionaron, decidieron que a fin de cuentas en el Salón no habían visto gran cosa.